

EN PUNTO

el autor del «Tambor». El magnate de la prensa, un tanto inquieto, decidió ceder a Weiltert, por 150 millones de marcos, cuatro de sus publicaciones.

No habría razón ahora para apiadarse de las desgracias de Springer ya que sigue controlando el 70 por ciento de la prensa de Berlín-Oeste y tiene mayoría de acciones en muchos de los diarios de la República Federal, por ejemplo en «Bild», que tira cuatro

millones y medio de ejemplares. Finalmente, Springer no ha renunciado a ninguno de sus proyectos. Desde que adquirió un semanario tan mediocre como sensacionalista, como es «Hör Zu» («Escucha»), se fue interesando progresivamente por el «mundo de la imagen» y ahora espera poder realizar en seguida su más acariciado sueño: controlar en buena medida la red de televisión de Alemania Occidental. ■ G. S.

CASTILLA DEL PINO

«Estructura social y frustración»



Carlos Castilla del Pino —psiquiatra cordobés, muy conocido por su impetu renovador y por la seriedad de sus ensayos— acaba de publicar (Editorial Ciencia Nueva) dos de sus conferencias: «El humanismo imposible» y «Estructura social y frustración». A pesar de la modestia que reviste su presentación, ambos trabajos nos parecen de enorme interés, por su claridad y su hondura, por su valor divulgatorio y su carácter vivo.

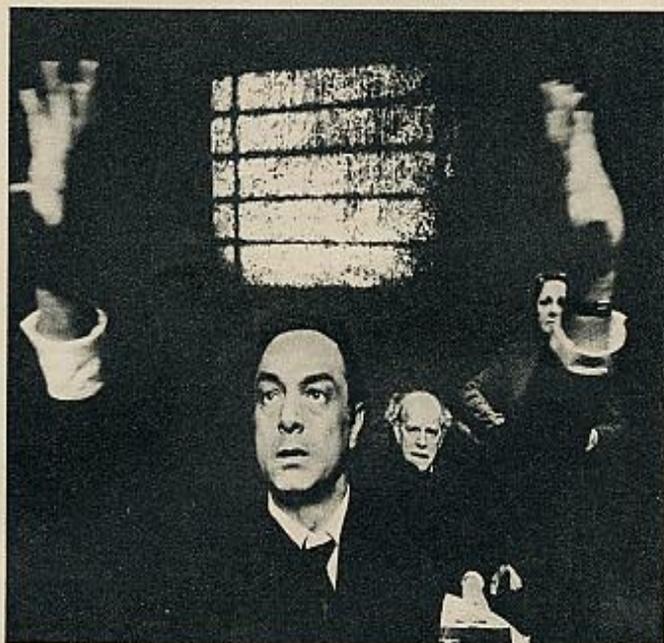
Los temas que Castilla desarrolla son, efectivamente, desde hace años, de una actualidad que no remite. Tanto el pensamiento existencialista, como el marxista y el cristiano —católico o no— los han convertido en tema central de debate. ¿Es el cristianismo un humanismo? ¿Lo es el marxismo? Hay teóricos que, desde el interior del dominio de ambas doctrinas, dan una respuesta negativa. ¿Y el existencialismo? El propio Heidegger, como muy bien señala el autor, pone en tela de juicio incluso la palabra humanismo: «Heidegger sostiene que la existencia del hombre, el mero detenerse en los modos existenciales, el simple preguntar por su naturaleza o su esencia, es soslayar la verdadera y fundamental pregunta, qué es, sobre todo, el ser. La existencia humana sería tan sólo, pues, una morada del ser, pero no el ser mismo». En realidad, la pregunta por el hombre, formulada primero por Kant, planteada por Scheller y Buber, y repetida por el último existencialismo, no sólo es discutible para Heidegger —y ya se sabe qué conclusión reaccionaria, en el orden práctico, tuvieron sus teorías— sino también para un sector del pensamiento progresista más moderno. (Basta recordar la reciente polémica entre el filósofo francés Althusser y diversos antagonistas apoyados en las tesis del joven Marx —por cierto editadas ahora en castellano por «Alianza Editorial»— expuestas en los famosos «Manuscritos».) El pensamiento de Castilla del Pino es claro al respecto: «(el humanismo)... es el triunfo, al principio sólo en el plano de la teoría, más tarde en el plano también de la praxis, de la realización, de la racionalidad. Triunfo que supone la negación y superación del hombre de toda suerte de alienaciones con pensamientos místicos y deshumanizados, que han sumido hasta ahora

al hombre mismo en un sentimiento de inferioridad respecto del despliegue de sus posibilidades fácticas». Castilla subraya muy certeramente que el problema de la comunicación entre los hombres —o su reverso, la incomunicación— hay que plantearlo desde una dimensión sociológica. Y sostiene que si no hay condiciones objetivas para que la comunicación se produzca, resulta trivial hablar de la incomunicación como un problema exclusivamente psicológico o psicopatológico. Cuando Castilla habla de la imposibilidad del humanismo se refiere, queda muy claro, a la imposibilidad objetiva que imponen determinados condicionamientos socio-históricos; desaparecidos éstos, el humanismo sería, sin duda, posible.

Castilla desarrolla muy bien el tema de las relaciones entre estructura social y frustración. Para él «...la forma de existencia competitiva concluye indefectiblemente en frustración individual». El autor se pregunta sobre qué debe hacerse en una sociedad así: «Hay que hacer constantemente el máximo esfuerzo para clarificar nuestras posibilidades de actuación... es condición preliminar adquirir una conciencia nítida de nuestra realidad. Dejemos ya de hacer la crítica de los hechos menudos que demuestran la corrupción del sistema. Al señalarlos, tan sólo podemos, sin quererlos, hacernos cómplices...». ¿Deduciremos de esta aseveración una postura «marxista»? En mi opinión, la posición de Castilla es personal e independiente, sin por ello estar exenta de la influencia del pensamiento progresista más en boga. Sus reflexiones, bien trabadas orgánicamente, sujetas a una rigurosa lógica, ponen de manifiesto la estatura del autor en el nivel de la teoría, su antidogmatismo y el alto valor que pueden encerrar sus aportaciones futuras de mayor envergadura. ■ E. G. R.

TEMPORADA TEATRAL 67-68 (I)

«El tragaluz», la excepción



La temporada ha terminado definitivamente. En Madrid, durante más de un mes, los Festivales de España presentaron diversos superespectáculos en la chopera del Retiro, a partir de una versión monumental de «El murciélago». Atrás han quedado ocho meses de teatro, ocho meses más de teatro español.

¿Qué han significado, respecto de años anteriores? ¿En qué puntos se ha avanzado o en que otros se ha retrocedido? ¿O ha sido, simplemente, un año más?

Por lo que respecta a autores españoles, poco hay que decir más allá del éxito de «El tragaluz», de Antonio Buero. La vuelta del autor español, que consumió varias temporadas intentando estrenar una obra, finalmente editada en los Estados Unidos, ha sido triunfal. Pocas obras españolas —y creo que ninguna de Buero— han ligado a la estimación general de la crítica una tan larga permanencia en cartel. El

que «El tragaluz», con todos sus elementos temáticos latentes, haya cubierto meses y meses, mientras apenas se ofrecía una dramaturgia en la misma línea de ambición y crítica, no deja de ser chocante. Buero, ciertamente, es un hombre de mucho prestigio. Pero eso no puede explicar jamás un éxito tan rotundo. ¿Será que, siendo, para muchos, una obra de varias intenciones bastante claras, es, aún para más, una obra ambigua? ¿Cómo entender, si no, esas defensas abstractas de «El tragaluz», como drama «humano» desvinculado de una serie de datos específicos de la sociedad española? ¿Estaría la clave del éxito público de «El tragaluz» en su arrojo o en su ambigüedad? ¿Hemos visto todos, en el plano ideológico, una misma expresión?

He aquí un tema que estas notas no pueden abarcar. En cualquier caso —y dejando ahora fuera el problema del arte, y aun la obligada y lícita ambigüedad de toda la problemática ón-

TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TEL

● «Me adherí al partido nazi en 1933 no por convicción ni por oportunismo», ha declarado el canciller Kiesinger ante el Tribunal de Bonn en que compareció como testigo, durante el juicio contra uno de sus colegas en el Ministerio de Asuntos Exteriores del III Reich.

● La Academia de Ciencias soviética ha condenado, por anticientífico, el trabajo de la comisión creada en 1967 para estudiar el fenómeno de los «plátanos volantes». Según la Academia, no existe ninguna base científica de estas visiones.

● Varios mineros que trabajan en las minas de oro de Yakutia (Siberia oriental) han descubierto, congelado en el hielo, el cuerpo intacto de un caballo que vivió hace treinta mil años. El animal será expuesto en el Museo Zoológico de Leningrado.

● Los soviéticos acusan de nuevo a los chinos de impedir el paso por su territorio a los convoyes

ferroviarios que transportan ayuda para Vietnam. Según Radio Moscú, esto se debe a las divergencias entre maoístas y antimaoístas.

● «La mayoría parlamentaria obtenida por los gaullistas representa menos del 40 por 100 de los electores inscritos y menos aún de franceses, ya que los jóvenes no han podido votar», declara en un comunicado el comité central de la Liga de Derechos del Hombre.

● Los componentes de la A.N.A.C. (Asociación Nacional Italiana de los Autores Cinematográficos) se han comprometido a actuar para impedir la apertura y la celebración del próximo Festival cinematográfico de Venecia, que debe comenzar el 25 de agosto.

● Ciento dos periodistas de la Radio y Televisión francesas, en huelga desde hace seis semanas a fin de conseguir un estatuto de objetividad en la infor-

tica de la obra— uno ha oído las más diversas versiones de «El tragaluz», pese a ser casi obvias muchas de sus intenciones. ¿Hasta qué punto, la abstracción ideológica y espaciotemporal de mucho de nuestro teatro, ha generado un público incapaz para la comprensión «histórica» de una obra como «El tragaluz»?

Esta es una cuestión que queda en penumbra. Aunque es evidente que muchos —sobre todo, entre ese público joven que ha acudido al Bellas Artes aprovechándose de los vales al 50 por 100— de los espectadores sí han llegado, en su recepción, hasta donde Buero en su creación.

De los autores que pudiéramos situar, con todas las distancias y diferencia, puesto que se trataba de una línea «buerista», sólo cabría, tal vez, citar el poco afortunado estreno de la, a mi juicio, muy estimable obra «Noviembre... y un poco de hierbas», de Antonio Gala. El drama fue vuleado por la mayor parte de la crítica. A veces, dentro de la más implícita coherencia, puesto que se trataba de una obra dotada de ciertos y positivos elementos de agresión. A veces, creo que un tanto alegremente, olvidando la situación concreta del teatro español y

examinando a Gala según ópticas inadecuadas.

Ni Rodríguez Méndez, ni Olmo, ni Muñoz, ni Sastre, ni Buded, ni cuantos, con mejor o peor fortuna, constituyen desde hace años la esperanza de un teatro español más generoso e interesado por el devenir general que por las diversiones de un grupo escandalosamente cerrado, estrenaron. Sin que tampoco los nombres nuevos más prometedores —Pérez Dann— pasaran del Premio, del libro, o de la representación de cámara.

Paralelamente, los autores tradicionales, reforzados con Juan José Alonso Millán, estrenaron su «obra» anual, diciendo más o menos lo de siempre, de la manera de siempre. Cosa, al fin y al cabo, totalmente respetable y lógica en los procesos teatrales, si, a su lado, se hubiera dado el estreno polémico, la obra que corresponde a ese hipotético nuevo público que apenas tiene ocasión de hacer acto social de presencia en nuestra vida teatral.

Quedan para otros comentarios la consideración de los teatros oficiales y el repertorio extranjero, así como la pequeña crónica de nuestro teatro experimental. ■ J. M.

CANTE JONDO

Segunda reunión en Puebla de Cazalla



La Puebla de Cazalla está situada en el centro neurálgico de la geografía «jonda» de la Baja Andalucía: en la provincia de Sevilla, entre Morón de la Frontera, Osuna y Marchena. De Mo-

rón era, nada menos, Silverio Franco, aquel seguidor del que decía Lorca: «Los viejos dicen que se erizaba el cabello y se abría el azogue de los espejos», cuando cantaba. En Marchena se canta aún un cante difícil —«la marchenera»— que habría que rescatar del desconocimiento. En La Puebla mismo se canta una cantinela, entre litúrgica y flamenca, de un arcaísmo primordial, en la que los eruditos podrían encontrar, tal vez, el eslabón perdido entre el canto llano gregoriano y el cante jondo: «los pregones». Allí mismo, no hace muchos años, en las calientes madrugadas del Sur, se oía la voz terrible de Gallardo cantando las «soleares» del Tenazas y las de Joaquín el de la Paula...

En esta segunda versión de la «Reunión» en La Puebla estará presente, con sus ochenta años, otro seguidor de la talla de Silverio: Juan Talega. Y estará ese maestro indiscutible de nuestros días que es Antonio Mairena. Y los dos genios de Utrera, la Fernanda y la Bernarda, cantando los doloridos cantes de La Sarneta. Y Luis Torres —Joseclero de Morón—; y

el benjamín de todos, maestro en su extremada juventud —pero discípulo de don Antonio Mairena, como él gusta proclamarse, y del Talega—: José Menese, amén de otra gente nueva, como Naranjito de Triana y Diego Camacho. Habrá baile de bailarines —no de bailarines—, con Tía Juana de la Pipa, Trini España, Paco Laberinto de Jerez y María la Chicharrona. Y en fin, todo eso estará acompañado por guitarristas de casta: Diego el del Gaster, Manolo Brenes y Pedro Peña de Lebrija...

Ya contaremos, en estas mismas páginas, lo que fue esa «Segunda Reunión de Cante Jondo» en la Puebla de Cazalla. Pero entre tanto, conviene advertirlo: el que quiera saber lo que eran los cantes del Lebrijano, del Fillo o de Juaniquí; el que quiera tener un contacto con lo más genuino de una de las más grandes creaciones del genio de España, que se vaya a La Puebla y que pierda —o gane— la madrugada del sábado día 13 de este julio, escuchando esas voces que difícilmente se podrán reunir en otras ocasiones.

OPERACION TRASPLANTE

Berlanga y «Las pirañas»



Los largos períodos de inactividad de Berlanga son ya clásicos, lo mismo que las razones que los motivan. Del que comenzó a raíz de «El verdugo» —1963— sólo ha salido para reali-

zar, en la República Argentina, «Las pirañas», rebautizada en nuestras pantallas con el mucho menos expresivo título de «La boutique». Las pirañas, como se sabe, son unos peces de agua dulce —conocidos también por los nombres de peces tigre o peces canibales— oriundos de Sudamérica y comedores de carne, y considerados los más peligrosos del mundo. En la fábula de Berlanga y Azcona las pirañas serían dos españolas, madre e hija, afincadas en Buenos Aires, y que se dedican, primero quizá de buena fe, luego en toda conciencia, al deporte de devorar hombres. El cambio de título y el doblaje, que ha hecho que al hablar todos los personajes un correcto castellano se pierda la fuerza que el concepto del españolismo de las dos mujeres protagonistas —Sonia Bruno y Ana María Campoy— debía tener en la película, son los dos primeros factores que perjudican a la película, por otra parte la menos personal de su autor en función de una serie de elementos, el principal de los cuales es la erradicación. Berlanga es, entre nuestros directores, probablemente el más apegado a una inmediatez de lo español, de lo «castizo», usando el término en el mejor sentido. Su cine ha presentado siempre, con mayor o menor fortuna, ramas y personajes absolutamente ligados a nuestra realidad nacional, incomprensibles al margen de ella. Berlanga ha necesitado, para encontrarse a sus anchas, conocer muy bien a los actores con los que trabaja, desenvolverse en medios, rurales o urbanos, que conoce y sobre los

TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TEL

mación, han decidido publicar un «libro blanco», destinado al Parlamento, en el que se explicarán los objetivos de su movimiento.

● «Quién es quién en la C. I. A.» (Who's who in the CIA), tal es el título de un volumen de seiscientas páginas que va a publicarse en Berlín Este, en el que se recogen los nombres de los tres mil agentes internacionales de la célebre Agencia norteamericana.

● Ciento cincuenta delegados de treinta y ocho países han asistido en Grenoble a la Conferencia Internacional de juristas sobre la guerra de Vietnam. Entre ellos, dos profesores norteamericanos de Derecho Internacional; una delegación de Vietnam del Norte y otra del Frente de Liberación.

● El profesor Herbert Marcuse, que enseña Filosofía y Economía Política en la Universidad de California, ha recibido cartas amenazándole de muerte, tras anunciar un semanario que el líder

estudiantil alemán Rudi Dutschke se iba a matricular en dicha Universidad.

● El reverendo Ralph Abernathy, sucesor de Luther King, ha comenzado una huelga del hambre en la cárcel de Washington en que cumple los veinte días de arresto a que fue condenado por encabezar la «marcha de los pobres».

● «Ahora deseo más ardientemente que cesen los bombardeos y que empiecen las negociaciones, con el fin de que se pare la guerra», ha escrito el coronel John Peter Flynn, uno de los tres pilotos norteamericanos que va a liberar Hanoi.

● Aún no se conocen las causas por las cuales pudo suicidarse el coronel Renzo Rocca, uno de los hombres más importantes del S. I. F. A. R. (Servicio secreto italiano), que se vio mezclado en el proyecto de golpe de Estado de 1964 denunciado por el semanario «L'Espresso».